

## El pensamiento conservador español del siglo XX

-Gregorio Luri-

Quizás los más viejos de los presentes recuerden los tiempos en que Fernando Ónega dirigía la Oficina de prensa de presidencia de gobierno con Adolfo Suárez. Las preocupaciones intelectuales de Suárez habían sido más bien escasas, pero en su situación institucional no podía permitirse el lujo de mostrarlo, así que encargó a Ónega que le resumiera en un folio, una a una, las novelas más importantes de los últimos 20 años. A Ónega le resultó fácil la tarea hasta que llegó a *Cien años de soledad*. Y esto es lo que quiero decirles yo: les voy a intentar resumir en pocos folios una historia muchísimo más compleja que la novela de García Márquez, la del conservadurismo español del siglo XX. Obviamente, estoy obligado a esquematizar. Me limitaré a esbozar algunas ideas que considero representativas del conservadurismo del siglo XX e instructivas para el del XXI.

Lo primero que debe ser resaltado es que nos falta una historia conservadora del conservadurismo que no someta a reducciones groseras la complejidad.

A Javier Tusell le sorprendía en 1997<sup>1</sup> “que, frente al habitual predominio que ha tenido la derecha política española durante la mayor parte de los siglos XIX y XX, ha sido relativamente reducido el número de estudios históricos aparecidos en torno a ella.” Pero lo más lamentable no es que falten estudios, sino que sobreabundan los prejuicios.

Por poner un solo ejemplo, sigamos algunas afirmaciones recogidas de un libro de referencia escrito por dos historiadores respetados, Raymond Carr y Juan Pablo Fusi. Se trata de *España, de la dictadura a la democracia*, Premio Espejo de España en 1979):

“En abril de 1931, los intereses conservadores que habían gobernado España desde 1875, primero manipulando la maquinaria electoral de la monarquía constitucional, y después bajo la dictadura relativamente benigna del general Primo de Rivera (1923-30), se vieron súbitamente privados de protección institucional.” Fíjense, se habla de “intereses conservadores”, no de ideales, como si fuera obvio que a los conservadores no les hacen falta; se insinúa que hasta la II República sólo gobernaron

---

<sup>1</sup> *Las derechas en la España contemporánea*

conservadores; que sólo los conservadores manipulaban las elecciones; que sólo ellos estaban protegidos por la dictadura de Primo de Ribera; que hasta esa fecha dispusieron siempre de protección institucional. Nada de esto es verdad.

¿Qué es el conservadurismo? La *Enciclopedia Espasa*, publicada originalmente en 1912, afirma que es el movimiento “que tiene por finalidad conservar las instituciones seculares o tradicionales del Estado, reformándolas en consonancia con las necesidades de los tiempos, pero no destruyéndolas”. Me quedo con las primeras palabras: el conservadurismo es un movimiento que no tiene prisa por destruir.

Entre las palabras más duras que se han oído en las Cortes se encuentran, sin duda, las que Cánovas le reprocha a Castelar, pensando en el bombardeo de Cartagena: haber tenido “la triste gloria de tener que bombardear a los que sedujo su elocuencia”.

El conservadurismo es un reformismo. Lo que busca es la manera de poner el orden en movimiento. Tanto es así, que los auténticos reformistas en el primer tercio del siglo XX fueron los conservadores, mientras que los liberales (salvando a los institucionalistas) se limitaron a predicar lo que después no daban. He aquí algunos datos:

1. El primer político que en España se plantea un “giro social” es Cánovas, en 1890, debido al eco de la política social de Bismarck. Cánovas, recordémoslo, acabó con los pronunciamientos militares, tan característicos de nuestro siglo XIX.
2. De Dato, un político decididamente social-reformista, son las primeras leyes laborales: *La ley de accidentes laborales* de 1900, con el reconocimiento del principio del “riesgo profesional”; la creación del Ministerio de Trabajo (1920) o la contribución en la creación del Instituto Nacional de Previsión, que preside entre 1909 y 1913. Fue también el inspirador de la ley que, tras su trágica muerte, presentó el. Ministro de Trabajo, el navarro Eduardo Sanz Escartín, que permitía expropiar las tierras abandonadas o mal explotadas. Sanz Escartín es el autor de la trilogía *La cuestión económica* (1889), *El Estado y la reforma social* (1892) y *El individuo y la reforma social* (1896).
3. Cuando el maurista Augusto González Besada presentó un proyecto tributario sobre la renta que gravaba las fortunas que se hicieron durante la Primera Guerra Mundial, con el argumento de que habían sido posibles gracias a la neutralidad de España, hubo liberales que estaban imitando a Lenin y a Trotsky, mientras que *El Debate* (18-10-1918) admitía: “A nosotros nos parece bien”. Y añadía estas palabras que no tienen desperdicio: “Una vez más se da en la política española el

raro fenómeno de que sean políticos conservadores quienes llevan a la legislación los más audaces y modernos avances democráticos, así en el orden fiscal como en el social [...]. El pueblo ignora todo esto. No sabe a quién debe los beneficios que estas leyes deparan. [...]. Hallamos aquí una razón más para abogar en pro de una continua propaganda [...] y no se descuide la alta conveniencia de sistematizar tales iniciativas de manera que formen un todo, un programa serio”.

4. Azcárate se lamentaba de que, ras los sucesos de 1909, Maura dejara la presidencia del gobierno, porque, según decía, “jamás” el Instituto de Reformas Sociales había estado tan asistido por gobierno alguno como lo estuvo durante el gobierno de Maura. Jamás -añadía- la inspección de trabajo había aplicado mejor su misión. Algún autor ha llegado incluso a calificar 1908 como “el año de oro de la legislación laboral en España.”
5. El mismo Prieto reconoce<sup>2</sup> que: “Los liberales, asustados de llamarse así, a nada se atrevían y si había que hacer algo avanzado, lo hacían los conservadores.
6. Es Maura quien crea la legislación electoral de la que básicamente vivió buena parte del siglo XX; quien acometió la reforma de la administración local, en la que iba implícita una respuesta inteligente a las demandas del regionalismo; quien reprimió la usura, suprimió el pago de salarios en especie; quien aprobó la ley de huelgas defendiendo el derecho inalienable del obrero a su trabajo; quien dictó la Ley de responsabilidad civil de los funcionarios públicos (1904) y el Estatuto de Funcionarios (1918).
7. En 1921, Lerroux intentó persuadir a Maura de que no abriera el Parlamento, para que la izquierda (incluido él mismo) no cometiera irresponsabilidades. Maura no le hizo caso. “Es que el señor Maura -dijo Lerroux- tiene la superstición de la democracia; quiere el orden y la conservación social, pero asociados a la democracia”.

A estos reformistas se les ha reconocido su sensibilidad social, pero tratándola como un rasgo psicológico. No se da nunca el paso inevitable: si hay tantos conservadores con sensibilidad social, igual es que la sensibilidad social no es ajena al conservadurismo.

También se suele pasar por alto la historia dramática del conservadurismo hispano. Cánovas, Dato y Calvo Sotelo fueran asesinados, así como uno de sus ideólogos,

---

<sup>2</sup> *Palabras al viento*, 1969

el filósofo Ramiro de Maeztu. Maura, Cambó y Ángel Ossorio salieron vivos de milagro de los atentados que padecieron.

Con la historia del conservadurismo del XIX puede escribirse un manual para el conservador del XXI que podría iniciarse con la campaña “¡Maura no!”, que esconde una gran lección sobre la naturaleza de las cosas humanas.

No se puede discutir ni la honestidad, ni el profundo sentido democrático de Maura. Prefirió siempre unas elecciones limpias a ganar unas elecciones. De él dijo Vicens Vives que “representa el juego limpio” y que “dedicó todos sus esfuerzos a conectar el país legal con el país real”. Cuando decía le decía a la oposición que “la libertad se ha hecho conservadora”, se lo creía; y cuando añadía que “vuestro derecho está en nuestras manos, más seguro, que lo que el nuestro lo estaría en las vuestras”, también.

Es el primer político conservador que sale a la calle a ganarse a la gente. A Salmerón le dice en el Parlamento: “Los tiempos han variado: ahora las clases conservadoras irían al suicidio si siguieran sesteando perezosamente al amparo de las autoridades y de la fuerza; ahora es preciso que entren vigorosamente en la vida pública y ejerciten todos sus derechos para afrontaros a vosotros, que sois un montón de contradicciones (...). Por eso nosotros buscamos nuestra fuerza en la opinión pública y hacemos la política que en otro tiempo hacían los partidos de la izquierda.”

Pero toda su dignidad se estrella, impotente, contra la grosera demagogia del caso Ferrer y Guardia por parte de la oposición.

Ferrer y Guardia era perseguido como responsable de la Semana Trágica. Fue detenido en Montgat tras la denuncia de un vecino del Masnou. Tras ser juzgado y condenado a muerte, lo fusilaron el 13 de octubre de 1909.

Según reconoce Cambó: “No pidió nadie el indulto de Ferrer. Si culpa hay en su fusilamiento, culpa es de todo el cuerpo social, principalmente de Barcelona; todos los ciudadanos de Barcelona hemos fusilado a Ferrer no pidiendo su indulto”.

Maura consultó al liberal Moret sobre el indulto y éste le aseguró que no procedía. La sentencia se ejecutó sin una protesta. Pero al día siguiente, Moret pronunció un discurso implacable contra Maura, asegurándole que su partido le negaría hasta los créditos para proseguir la guerra de Marruecos. Nadie apoyó a Maura. NI el Rey.

“Ante la eventualidad de su vuelta -escribía Pablo Iglesias el 7 de enero de 1910- todo estaría justificado para impedirlo; desde la propuesta ruidosa, la huelga general, hasta el atentado personal.” Recuerden que 1908 había sido bautizado, gracias a las

iniciativas de Maura, como “el año de oro de la legislación laboral en España.” El 7 de julio, reiteró estas mismas palabras en el mismo Congreso. El 22, un joven atentó contra Maura.

Es imposible tratar de Maura y no ponerse a pensar en lo que hubiera sido de España si hubiera cuajado su encuentro con Cambó, uno de los políticos conservadores más notables del siglo XX. Para Madariaga era “el genio político mejor dotado que ha producido no sólo la Cataluña sino la España actual”.

Cambó y Maura compartían algo que, si el conservadurismo lo pierde, se pierde a sí mismo, la conciencia clara de la necesidad de un ideal colectivo. Sus fuentes, sin duda, son las de Maurras, Barrès o Péguy.

Cambó defenderá toda su vida que con eficiencia no basta. Se necesita un ideal cohesionador. “El ‘gobernaré honradamente’, ‘mantendré el orden público’, no es un ideal. Con eso no se levantan los pueblos”, dijo en el Congreso. Y si se carece de ideal, no se desaprovechan las ocasiones de construirlo.

En *La Veu de Catalunya* escribe el 20 de agosto de 1914: “El restar neutrals en un moment en que están en lluita tots els pobles que tenen un ideal nacional, vol dir que nosaltres no el tenim; que els espanyols no desitgem res, que no tenim, col·lectivament, ni odis, ni amors, ni despits, ni esperances (...). Se va a la guerra per assolir un gran ideal nacional, volgut per tots, en holocauste del qual se cremen les discòrdies i es refà l’unitat espiritual de tot un poble... Espanya no té cap ideal nacional que ens uneixi a tots, sinó alguns pseudoideals de colla, capaços únicament de portar una guerra civil”.

El 17 de febrero del 31, en una nota que reparte a la prensa, se lee: “Yo he sido, y espero ser siempre, un paladín de los grandes ideales”

Para redondear la idea que Cambó tenía del ideal hay que añadir unas palabras que le roba Josep Pla “no hi ha cap experiència històrica que demostrï que la massa, que un poble, es doni ell mateix uns ideals. La injecció d’un ideal en el cos d’un poble és sempre l’obra apologètica, intencionada i sincera d’una minoria”.

Otra lección importante, en este caso, sobre las consecuencias de la estrechez de miras, nos la proporciona Alcalá Zamora, que pudo haber sido el político que liderase el centro, haciendo posible una república con la que la derecha no se hubiera sentido intimidada. Alcalá Zamora nos muestra a dónde conduce el miedo de la derecha a la derecha.

En 1930 se decantaba por “una república viable, gubernamental, conservadora, con el consiguiente desplazamiento hacia ella de las fuerzas gubernamentales de la mesocracia y de la intelectualidad española”, frente a “una república convulsiva, epiléptica, llena de entusiasmo, de idealidad, más falta de razón. No creo viable -añadió- una república en la que yo fuese la derecha, sino una república en la que yo estuviese en el centro, es decir, una república en la cual se avinieran a ayudarla, a sostenerla y servirla, gentes que han estado y están mucho más a la derecha que yo”. Encontramos aquí la reivindicación del centro mucho antes que Fraga. Para llevar a cabo este proyecto, contaba con transformar la antigua derecha liberal monárquica en una nueva derecha. Con esta intención fundó ese mismo año la Derecha Liberal Republicana con Miguel Maura y Rafael Sánchez Guerra, pero en las elecciones para las constituyentes sólo consigue 25 diputados. Su reacción frente al fracaso fue cambiar el nombre del partido. De Derecha Liberal Republicana pasó a Partido Republicano progresista. Perdió así el centro y a Miguel Maura. En las elecciones de noviembre del 33, obtuvo 3 escaños.

Siendo su representación tan menguada, fue elegido Presidente del Gobierno en las constituyentes. Era su momento. No supo aprovecharlo. Presentó la dimisión, junto a Maura y los diputados de la derecha (Minoría Agraria y Minoría Vasco-Navarra) en protesta por la aprobación del artículo 26 de la Constitución, que hacía referencia a las órdenes religiosas. Fue sustituido por Azaña, que permitió que las Cortes Constituyentes aprobaran una ley que contradecía 6 artículos de la Constitución que iban a aprobar, era la Ley de Defensa de la República, que coartaba significativamente las libertades de las que los españoles habían gozado durante la monarquía. La hicieron constitucional mediante la aberración jurídica de incluirla dentro de la Constitución como un artículo adicional. Fue aprobada sin debate previo. Con Maura, los españoles gozaban de más libertades que con Azaña.

A pesar de todo, el 11 de diciembre del 31 Alcalá Zamora es proclamado Presidente de la República, incapacitándose definitivamente para articular ese partido centrista que propugnaba. Será destituido recién celebradas las elecciones de febrero del 36, con un gesto poco elegante que, para algunos fue un auténtico golpe de Estado.

Alcalá Zamora entendió bien que la República se jugaba su ser en su capacidad para crear una dinámica política centrípeta. Él no fue capaz de contribuir a la misma porque siempre rechazó a las que él llamo “genuinas derechas españolas”. En la práctica, no estaba interesado en integrar a los que estaban a su derecha.

Creo que la derecha, mayoritariamente, quiso aceptar la legalidad republicana. Los obispos españoles dirigieron colectivamente dos cartas a la Presidencia de la República, el 9 de marzo y el 20 de diciembre del 31, admitiendo su acatamiento a los poderes constituidos. Pero la prueba más clara nos la proporcionan la ANCP y *El Debate*.

La ANCP nace en 1909 auspiciada por el jesuita Ángel Ayala, con el objeto de formar una élite, una minoría selecta de cristianos con capacidad de dirección. Su medio de expresión fue *El Debate*. Herrera Oria, el alma del proyecto sostenía que “la misión histórica de los pueblos está en muy pocas mentes”. Son ellas las que han de hacer realidad el “ideal nacional”. Antonio Goicoechea definirá a los propagandistas como “caballeros del ideal”.

Este elitismo jesuítico está movido por una clara conciencia social. Herrera afirma en 1934 que “el eje de todos los movimientos revolucionarios modernos está en estas dos cosas: el encogimiento de la conciencia cristiana en materia social y la consiguiente injusticia en la distribución de la riqueza”. No hubo nadie más partidario de la reforma agraria que *El Debate*.

La obsesión de Herrera fue la creación de un gran partido católico y vio en Cambó al líder adecuado. Él estuvo dispuesto a asumir el reto, pero la salud se lo impidió. Él mismo dirá que “sin mi enfermedad, España no hubiera conocido la II República”. Después, Herrera se fijó en Gil Robles. Estuvo tras las bambalinas que dieron lugar a Acción Nacional, núcleo embrionario de la futura CEDA. Pero lo más importante es que supo dar un fundamento teórico a su posicionamiento a favor de la legalidad republicana. El mismo 15 de abril del 31, *El Debate*, siguiendo las tesis de la Escuela de Salamanca, defiende la accidentalidad de las formas de gobierno. Esta tesis fue interpretada por la izquierda como una excusa para ocultar su falta de entusiasmo republicano. Azaña le llegó a decir a Gil Robles en las Cortes que ni era republicano ni nunca lo aceptaría como tal. Cuando, a partir de noviembre de 1933, la CEDA se convirtió en la minoría más numerosa de la Cámara, Alcalá Zamora hizo cuanto pudo para cerrarle el acceso al gobierno.

En realidad, el accidentalismo es una tesis de fondo que afirma el carácter no esencial ni de la monarquía, ni de la república, dado que, cualquier forma de gobierno que surja de la naturaleza política del hombre y no la contradiga, es legítima.

Acción Nacional acudió apresuradamente a las elecciones de las constituyentes y obtiene un exiguo resultado de 5 escaños. Todos debieran haber visto en esos 5

escaños no un punto de llegada, sino de partida. Tuvo un rápido crecimiento y en 1933 se convierte en la CEDA. La derecha española pagará caro en las cortes constituyentes su desconcierto en el 31.

Las dificultades que encontraba Gil Robles para integrar a la CEDA con normalidad en el entramado constitucional, fueron un acicate de su progresiva radicalidad. El más listo de todos, Cambó, vio bien que la CEDA había cambiado “el carácter juicioso que le había dado Herrera para convertirse en instrumento de batalla sobre todo de batalla verbal”, pues Gil Robles “no era hombre de gobierno ... era un combatiente, un caudillo”. “Su audacia verbal -añade- le atraía la máxima animosidad de las izquierdas” Y añade esta fina observación, que firmaría Maquiavelo: “Su incapacidad para la acción, ya gubernativa, ya revolucionaria, hacía que aquella odiosidad no estuviera contrapesada por el temor o por el respeto”. “Después de cada uno de sus discursos, el abismo que separaba las derechas de las izquierdas se ensanchaba un poco más”. Su radicalismo le impedía admitir “la posible buena fe del adversario”.

En octubre del 34, un gabinete presidido por Lerroux, da entrada a tres ministros de la CEDA, entre los cuales estaba un hombre digno de ser recordado, Manuel Giménez Fernández, un ardiente defensor de la reforma agraria que asumió Agricultura. La respuesta de la izquierda fue la revolución de Asturias.

La gran debilidad de la CEDA, además de producir más irritación que respeto, estuvo en su incapacidad para unir sus tres almas:

1. Un centro formado por las gentes de orden que seguían a Gil Robles como habían seguido a Antonio Maura y al general Primo de Rivera y como seguirán a Franco.
2. Un ala derecha de latifundistas, conservadores e incluso reaccionarios.
3. Un ala izquierda nutrida de las ideas sociales de los propagandistas y de *El Debate*. Aquí estaba Manuel Giménez Fernández, que desde los 18 años militaba en la ACNP. En *El Debate* consideraban sus proyectos “encíclicas hechas leyes”. Sin embargo, asustaban a sus compañeros, que las recortaban. Su enfrentamiento con los grandes latifundistas sevillanos, a los que intentó expropiar algunas de sus fincas, le costará el cese.

El descalabro electoral del 36 (dejemos de lado si se falsificaron las actas) dejó aturdido a Gil Robles, que delegó provisionalmente en Giménez Fernández la jefatura de la CEDA. Desde esta posición, Giménez Fernández entabló diversos contactos con

el objeto de crear un gobierno de coalición nacional que evitara la guerra. Para hacer creíble su propuesta, intentó arrancar a los diputados de su partido una declaración sincera, formal y expresa de aceptación del régimen republicano. No lo consiguió. Se retiró a Chipiona, a esperar, como dijo, a que “unos u otros vinieran a cortarle el cuello”. Estuvo a punto de ser “paseado” un par de veces.

Tras la injusta victoria de unos y la justa derrota de otros -tomo las palabras de Mariás-, Giménez Fernández se dedicó, como Catedrático de Instituciones Canónicas Hispano-Americanas, a la reconstrucción de la España católica antiinquisitorial. Creía que un católico hispano, si es honrado, ha de ser antiinquisitorial y defensor de la democracia. Su inspiración era la Escuela de Salamanca. Pero además desarrolló una incesante actividad política, como lo atestiguan sus cartas. Fundó, en 1959, la Izquierda Demócrata Cristiana. En este partido ingresará Ruiz Jiménez, que en 1963, publicó *Cuadernos para el diálogo*. De este caldo de cultivo surgió Tácito, el grupo reformista más cohesionado, formado, entre otros, por Alfonso Osorio, Fernando Álvarez de Miranda, Pío Cavanillas, Íñigo Cavero, Leopoldo Calvo Sotelo, Landelino Lavilla, Marcelino Oreja, José Luiz Álvarez, José Antonio Ortega y Díaz-Ambrona, José Manuel Otero Novas, Joaquín Satrústegui, Óscar Alzaga... Fueron un soporte fundamental de Suárez.

Volvamos a Gil Robles.

En 1966 publicó en Salamanca, con un amplio grupo de colaboradores, un texto admirable, *Cartas al Pueblo Español* en las que defendía abiertamente el cambio de régimen y la recuperación de la democracia. Recogieron su aparición *Cuadernos para el Diálogo*, *Destino* y la revista *La Censura*, patrocinada por el *Congreso por la Libertad de la Cultura*.

*Destino* resalta, el 14 de enero del 67, unas palabras del libro nada inocentes. Son las que Cambó dirigió a Primo de Rivera: “Quiero admitir que el Gobierno actual tenga, no la fuerza y el prestigio que él le atribuye, sino cien veces más. El problema de la sustitución continuaría siendo un problema fundamental inquietante. La dictadura, según hoy se entiende y la tenemos en España, dure un año o dure un cuarto de siglo, no puede tener una sustitución normal sin dejar de ser dictadura (...).Y a medida que pasan los años y que los partidos se liquidan y no pueden surgir nuevos porque falta el estímulo de la controversia, el problema se hace más grave.”

Gil Robles, fiel a sus orígenes de propagandista, busca el fundamento teórico de sus posiciones en la Escuela de Salamanca: “Nadie que vuelva la mirada a nuestros

gloriosos pensadores tradicionales -Domingo de Soto, Mariana, Molina, Suárez- podrá escandalizarse ante las más rotundas afirmaciones del derecho del pueblo a regirse por sí mismo”.

Visto desde aquí, es especialmente significativa la crítica que dirige a los tecnócratas: “Los enemigos de la democracia han encontrado una fácil plataforma en el arrollador prestigio de la técnica... Según ellos, las modernas generaciones no quieren palabras, sino eficacia; no les importa, además, quiénes puedan ser sus propios representantes, sino que las actividades de estos se hallen presididas por el acierto. La racionalidad de las ciencias sociales está a punto de convertir la acción de gobierno en un proceso técnico, lo mismo que la medicina o la ingeniería.”

El principal ideólogo de la tecnocracia en España, Gonzalo Fernández de la Mora, le responde desde *ABC* el 23-2-67, atacando, primero, el accidentalismo: “No sólo son accidentales la monarquía o la república, como reconocen los autores de este libro, sino que también lo son las formas de Estado”. Después, critica la relevancia del ideal. La crítica a un régimen político, dice, “hay que hacerla, sobre todo, en función de su capacidad para contribuir al logro de los dos fines fundamentales de la comunidad política: la elevación de la renta nacional y la justa distribución de los bienes. Resulta, sin embargo, paradójico, que ahora que tenemos un Estado que ha logrado para el español medio un nivel de bienestar inédito, se nos proponga un revisionismo constitucional”.

Estas palabras son calco de las que repetía López Rodó: “¿Qué necesitan los pueblos en la era científica que nos ha tocado vivir? Desde luego, no retórica, sino realizaciones concretas; no palabras, sino desarrollo económico y social.”

Junto a Fernández de la Mora se encontraba Jesús Fueyo, que el 6 de octubre de 1981, pronunció su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Le respondió Manuel Fraga, que dijo dos cosas relevantes. La primera: “Nuestros contemporáneos, nos guste o no, son los sacerdotes postconciliares, los guerrilleros afganos y las jóvenes minifalderas”. La segunda: “Hace mucho tiempo que los pueblos y civilizaciones saben que son mortales (...). Lo que es nuevo es que justamente ahora no hay registros espirituales a los cuales acudir como asidero de esperanza”. Pero Fraga, que conocía la importancia del ideal, sabía que esto era lo que había que ocultar. Fueyo y González de la Mora creían que era lo que había que publicitar.

González de la Mora llegó pronto a la conclusión de la necesidad de “eliminar el ingrediente religioso de la política” para facilitar el desarrollo económico en el marco de

un régimen autoritario. “La apatía política no es un síntoma de enfermedad social, sino de salud... La salud de los Estados libres puede medirse por el grado de apatía política. No es un factor de preocupación, sino de esperanza”. En 1974, un 53,3% de los españoles se consideraba totalmente desinteresado de la política. Es estas fechas acuñaría el concepto de “Estado de obras”, una apología del sistema franquista.

En su libro *El crepúsculo de las ideologías* (1965) apostó por un “Estado tecnoautoritario” donde predominaran los expertos sobre los ideólogos y el poder ejecutivo sobre el legislativo. Uno de esos expertos no ideologizados fue Suárez. Con razón se admiraba Fraga de su falta de ideas.

Emilio Romero tenía razón cuando deploraba la subordinación de los viejos ideólogos a los nuevos tecnócratas: “Los dogmas han sido arrojados por la ventana, ahora tenemos los solucionadores, *los gerentes*, los muchachos que han estado en la universidad en estos últimos años, especialmente en las facultades de ciencias económicas”<sup>3</sup>

Franco apoyó esta visión de la política. Por eso le dijo al general norteamericano Vernon A. Walters que su verdadero monumento no era la cruz del Valle de los Caídos, “sino la clase media española”. Fraga, que vio esto claro, entendió también que el régimen franquista estaba creando una sociedad que no cabía en el régimen.

Me atrevo a sugerir la hipótesis de que la extensión de la mentalidad gerencial entre los cuadros del régimen fue uno de los factores decisivos de la transición.

El periodista Joaquín Aguirre Bellver, que conocía bien los pasillos de las Cortes, escribió en 1971: “Lo que se impone es una tregua a la política, pensando que durante su transcurso se serene y renazca sobre bases nuevas, distanciadas de aquel trauma feroz que supuso la guerra civil. Es decir, que la tecnocracia se nos ofrece como puente de pacificación, de neutralidad, en tanto se remansan y se replantean situaciones y actitudes... A nadie medianamente experto en política se le pasa por la cabeza la posibilidad de una tecnocracia como solución definitiva. Sería un iluso”<sup>4</sup>.

No es irrelevante que Fernando Ónega dijera de Suárez que “era un descreído, muy pragmático y no tenía una ideología definida”. Por eso UCD duró mientras duró la ingeniería constitucional.

---

<sup>3</sup> El gran teórico de la tecnocracia fue un extrotskyista norteamericano, James Burnham (1905-1987) con *The Managerial Revolution (La Revolución Gerencial)*, publicado en 1941, que influyó notablemente a George Orwell en su libro *1984*.

<sup>4</sup> *Los frustrados*, en la revista *Avanzada*, enero de 1971.

Para terminar, quiero resumir lo dicho en 10 puntos, que, a mi modo de ver, son las enseñanzas que el conservadurismo del siglo XX le deja en herencia al del XXI:

1. No puede limitarse a ser gerencial. Necesita ideales.
2. Ha de ser reformista, con una decidida vocación social.
3. No dispone de la protección de la Corona, la Iglesia o el ejército. Y esta es muy buena noticia.
4. Ha de aprender a sobrellevar frustraciones.
5. En política, lo que no suma, resta.
6. Ha de ganarse a la opinión pública en la calle.
7. Si la dinámica es centrípeta, no importa la amplitud de las alas.
8. El radicalismo que no gana el respeto del otro, gana tu desprestigio.
9. El conservadurismo hoy es la heterodoxia.
10. Obviamente, la libertad de pensamiento está con la heterodoxia.

Acabo con una razón para ser conservador que nos ofrece Pla en el *Homenot* que dedica a Eugeni d'Ors: *“Jo sóc un conservador perquè sempre m’ha semblat absurd que els homes afegeixin les seves facultats intel·lectuals i la seva força material a l’incessant treball de destrucció que realitza constantment i implacablement la naturalesa. No hi ha necessitat, em sembla, de matar prematurament i abans d’hora ningú, si la naturalesa es dedica a aquesta feina d’una manera ordenada i perfecta. Si totes les coses estan destinades a caure, perquè aquesta és la seva llei fatal, el més enraonat, encara, és estintolar-les, si és possible”*.

## **El pensamiento conservador español del siglo XX**

**-Gregorio Luri-**